

“Pepe Suárez. Soñador y constructor de fraternidad”

ANTONIO QUINTANA. ED. BEGINBOOK HUMANIDADES, LAS PALMAS 2023

ANTONIO PANEQUE SOSA

Existen personajes que, por la enorme calidad de su aportación a la vida social, merecen en verdad permanecer para siempre en el recuerdo agradecido de la ciudadanía, sobre todo por los desvelos y por el interés mostrado hacia los menos pudientes. Son personas recias, vigorosas, a las que impulsa un ideal inalterable, pero discretas y humildes al mismo tiempo, que no titubean a la hora de dar lo mejor de sí en la defensa y promoción de los débiles. Y lo hacen sin hacerse notar y también sin dejarse sobornar, no buscan protagonismo ni conocen lo que es el arribismo, y, por su congruencia entre pensamiento y vida, carecen de las pretensiones desmedidas y egolátricas que son propias de los advenedizos. Coherentes y cercanos, son mujeres y hombres que no vacilan en su compromiso irrenunciable por no resignarse a un futuro catastrófico, antes bien vuelcan sus energías en dar vida a una cultura de la memoria agradecida y liberadora, esa memoria que custodia un recuerdo bien distinto al de la nostalgia vacía, mientras impulsa decididamente a la acción social transformadora.

Son personas fieles, imperturbables en sus opciones del principio, esas que les empujaron a apostar todo por la fraternidad. Y semejante anclaje las lleva a desoír cantos de sirena o incitaciones ilusorias para cambiar de registro con coartadas variadas, con argucias acaparadoras. No, no hay excusa que valga para sacarlas de su persuasión. Porque son personas no amargadas ni resentidas por oscuras que se tornen las cosas, y que al mismo tiempo no tiran la toalla ni despotrican, simplemente edifican sin cesar, siembran a manos llenas. Esa es en verdad su única obsesión. Hablamos de personajes admirables en los que no hay doblez y que si se tiene la fortuna de encontrarlos a lo largo del camino, uno no puede más que sentirse afortunado y bendecido.

Hoy llega a nuestras manos la historia de uno de esos singulares tesoros de humanidad, un personaje cuyo conocimiento se torna un inesperado regalo del cielo. De ahí que tan solo podamos albergar una honda y sincera gratitud hacia el escritor Antonio Quintana por el gran esfuerzo y la dedicación apasionada que ha derramado para dar vida a su biografía, acercándonos su historia y legado a través del libro «*Pepe Suárez. Soñador y constructor de fraternidad*», que apenas ha visto la luz. Un título que ya de por sí es una proclamación de intenciones y un pequeño homenaje al gran canario quizás más influyente en la esfera de lo social del último tercio del siglo XX, como es considerado por muchos. Pues, como el libro desarrolla detalladamente, la huella de Pepe subyace de algún modo detrás de todos los movimientos sociales y políticos canarios que trajeron consigo la instauración y consolidación de la democracia a lo largo de varias décadas, a partir de los años 70. Por ello, sería de rigor que los ayuntamientos y el Cabildo de la isla le dedicaran alguna calle o algún recuerdo a la altura de su valor, que pusiera en evidencia la magnitud de nuestro personaje.

Dicho lo cual, a la hora de ensalzar su celebridad se antoja oportuno re-frenar una suerte de entusiasmo fogoso que no casa bien con su figura, porque muy probablemente Pepe, ante tanto elogio vertido en la obra de Quintana –merecido y legítimo sin duda–, habría emitido un gruñido disgustado, torciendo el gesto y recordando a todos lo mucho que queda aún por hacer hasta construir la sociedad nueva anhelada, basada en la igualdad de las personas a todos los niveles... ¡No hay tiempo para festejos!

En cualquier caso, sin embargo, para quienes como él soñamos en un mundo nuevo, en una convivencia en libertad fundamentada en la justicia y en la solidaridad, esta biografía representa ciertamente una pequeña joya repleta de tesoros valiosos. Sus páginas, en forma de recuerdos, enseñanzas y vivencias, atesoran incontables piedras preciosas, que se proyectan vigorosas en el presente plagado de contradicciones y de urgentes problemas sociales, para sacarnos del letargo y despertarnos de la indiferencia y del adormecimiento con respecto al sufrimiento de los más vulnerables, que esta sociedad nuestra embaucadora oculta e ignora. En este sentido, tenemos ante nosotros una llamada de atención, un libro-denuncia que funciona como brújula inquebrantable que señala el norte sin medias tintas, la dirección justa por la que encaminarse, un libro en definitiva que revive esa utopía evangélica y plenamente humana que alimentó los sueños de Pepe y que él quiso hacer realidad.

Así es, la vida de José Suárez Sánchez (1934-2022), Pepe, es todo un referente inspirador para un cristianismo de liberación. Y ¿no es éste acaso precisamente el mensaje central del libro? Porque desde su juventud Pepe se propuso vivir al pie de la letra el espíritu de la parábola evangélica de Mateo del juicio

final, y a tal fin optó por ponerse siempre al lado de quienes la sociedad considera poco menos que inservibles, un molesto estorbo en el camino del «progreso». Lejos de hacer suya una visión tan radicalmente desalmada, insolidaria y excluyente, desde bien pronto Pepe hizo de ellos su peculiar punto de referencia y su criterio de actuación. Y de ellos no se apartó en ningún momento, optando por compartir su suerte y destino.

Dotado de una prodigiosa clarividencia y tesón, enorme fue la incidencia que tuvo en la constitución y gestión de grupos varios de militantes cristianos en la sociedad canaria, personas comprometidas que buscaban una forma alternativa de entender la política y la vida social en términos generales, a nivel sindical, político, cultural, etc. Pronto supo rodearse de militantes que intentaban entretejer un nuevo modo de vivir y de perfilar un horizonte social enriquecido con un rostro realmente humano, en un periodo de la historia marcado por profundos cambios y necesitado de pioneros audaces que abriesen caminos genuinos de humanidad. Como el libro va desglosando con acierto, eran grupos variopintos y plurales que soñaban una gestión política en la que el pobre no es objeto sino sujeto activo y protagonista.

Y por ese motivo, con el propósito decidido de cerrar las puertas a cualquier infiltración subrepticia entre los suyos de pretensiones de dominio y preponderancia, Pepe comprendió que era necesario optar por la autogestión. A tal fin puso en marcha y promovió ulteriormente grupos de militantes concienciados, a quienes movía la solidaridad y quienes ansiaban dejar al margen todo autoritarismo y toda concepción política que antepusiera el capital al bien del ser humano, tenido como el valor supremo de la sociedad. Esto le hizo especialmente dispuesto a trabajar siempre por la clase obrera, por las clases oprimidas de la Tierra. Igual de tajante fue su rechazo desde el principio a todo enquistamiento burocrático y a la persecución de intereses particulares. Pepe pensaba en el pueblo, vivía por el pueblo, enfocaba su acción desde el criterio exclusivo del bienestar del pueblo trabajador.

El relato del libro, tal como era de esperar, nos hace comprender que esta postura tan íntegra y franca le causó numerosos desencuentros y supuso para él un doloroso proceso de marginación, que se repetiría varias veces. Porque Pepe no estaba dispuesto a hacer carrera. Es así, la política, dejada a su suerte, y reducida a una mera batalla por el poder, termina por devorarse a sí misma. De donde deriva el lema tan significativo que aletea en distintos fragmentos del libro: la política no se basta a sí misma. La política no puede ser autorreferencial, necesita fundamentarse en valores hondamente humanos que nunca ignoren la centralidad de la persona y, sobre todo, de los más débiles y oprimidos.

La batalla por el poder era algo que Pepe no podía consentir. Él abogaba por una conciencia capaz de interrumpir los desvaríos y veleidades sinsentido de la política y de reorientarla al bien común. Mediante la lectura del libro venimos a saber que esa distancia, esa imposibilidad de identificarse plenamente con el orden público, tenía para Pepe su modelo en el profetismo bíblico, en esa iluminación y coraje de los profetas para denunciar todo aquello que suponga abuso o explotación. En una entrevista recogida en las páginas del libro, Pepe afirma sin ambages que su compromiso no había estado vinculado al poder, al cual quiso expresamente renunciar porque era consciente de que se debía a una labor de gran relevancia. Y pudo dar este paso porque le sostenía una fe que era el gran soporte de su empeño. De hecho, fue esa misma fe la que le condujo a apostar por el compromiso socio-político y también la que le fue marcando los límites y las fronteras de su dedicación y de sus opciones, si bien esto no significó renunciar a otros planteamientos e ideologías no menos valiosos y determinantes para él, que le daban luz para entender las incoherencias, despropósitos e irracionalidades que se hallan a la base de la injusticia social. En concreto, el análisis marxista de la economía social significó para él una herramienta imprescindible a la hora de posicionarse en la política.

En el prólogo del libro, el profesor del ISTIC Daniel Barreto subraya la importancia que tuvo en Pepe la mencionada vivencia profética de la fe, y desgana detenidamente su recorrido histórico por cuanto se refiere a su estrecha relación con la política. Desmenuza un itinerario a menudo plagado de altibajos por ese convencimiento radical que Pepe llevaba consigo de que la política no se basta a sí misma. No menos relevante resulta conocer en el mismo prólogo el entusiasmo que Pepe sentía hacia la encíclica Fratelli Tutti del papa Francisco, que él contemplaba como perfecta e ilusionante expresión del Magisterio de la Doctrina Social de la Iglesia, con temáticas para él tan amadas en la construcción de la fraternidad como la solidaridad, la subsidiaridad, el bien común, el valor social de los bienes, la vida integral, así como la paz, la igualdad, la libertad, el pluralismo.

A partir de ahí, los diez capítulos en que está dividido el libro nos van presentando la persona de Pepe, sus raíces familiares y sus primeras opciones de vida como sacerdote y acompañante de militantes, para pasar en seguida a poner de relieve su vocación como precursor del movimiento obrero, estrechamente vinculado a las corrientes sindicales y políticas de Canarias. Nos lo descubre asimismo en su condición de socialista autogestionario y por momentos nacionalista de izquierda, para a renglón seguido retratar la crisis de identidad que sufrió ante la fragmentación de sus allegados y las tendencias perniciosas que apreciaba en personas poco escrupulosas de su entorno que se valían de cualquier medio

para progresar en el mundo de la política. La honda desazón que se apoderó de él, sin dejar espacio no obstante para el derrotismo ni el amargor, le empujó a iniciar un proceso de búsqueda de nuevos horizontes más genuinos. Pero sin desvincularse nunca de su opción política originaria.

Seguidamente el libro incide en su compromiso desde la fe, haciendo ver con gran precisión cómo para Pepe la relación entre fe y política no era reduccionista, ni paralela, sino más bien dialéctica. Es decir, la fe y la política deben dialogar, no deben absorberse ni disolverse la una en la otra. Un capítulo sugerente y evocador de la vida de Pepe y de su esposa Isabel tuvo lugar en Méjico, a donde se desplazó hasta en 18 veranos consecutivos, permaneciendo allí durante 30 o 40 días cada vez, y desarrollando una serie de tareas en cursos sobre economía, política, compromiso social de la fe. Allí, Pepe pudo aportar ampliamente sus conocimientos y experiencias.

La lectura del libro nos lleva a pensar que el relato central del texto viene a ser posiblemente el modelo de liderazgo empapado de ética evangélica que Pepe supo desarrollar a lo largo de los años. Y aquí no podemos dejar de referirnos a la vida asociada, el ideal que siempre se propuso vivir. Es decir, formar equipos de militantes sociales y políticos unidos estrechamente para no dejarse emborrachar por el poder y mantenerse siempre fieles al servicio del pueblo siendo pueblo. Él deja claro que su compromiso social y político se fue desplegando en distintos niveles. En primer lugar, en un nivel de promoción de militantes, de promoción de sujetos, de hombres y mujeres que desean comprometerse con este mundo. En este sentido dentro de la Iglesia desarrolló una amplia tarea en el mundo de la promoción de laicos y de instituciones de la Iglesia como son la JOC, la HOAC, la editorial ZYX, el Movimiento Cultural Cristiano, el Colectivo Comunitario Cristiano. También en el ámbito de la política, en organizaciones de sindicatos de base, en partidos políticos como la Federación de Asociaciones de Vecinos, Asamblea Canaria, Asamblea Canaria Nacionalista, etc, siempre desde esa ética basada en el evangelio. Y venimos a conocer también que a nivel profesional, Pepe estudió derecho laboral, toda vez que le interesaba estar en ese mundo para desde ahí ayudar a la clase trabajadora, a los más oprimidos, a los que no tienen pensiones, a los que no tienen jubilaciones. En ese campo trabajó con denuedo durante 30 años y permaneció vinculado a él hasta casi el final mediante el voluntariado.

De gran ternura y sobriedad transida de amor rocoso resultan las palabras de su esposa Isabel que hallamos en el penúltimo capítulo, palabras que no tienen desperdicio y que desvelan secretos a voces proclamados, algunos, mientras recuerdan momentos decisivos de la vida de Pepe y de la vida de pareja. Es un capítulo especialmente hermoso porque describe con profusión de detalles los

intrínquilis de la vida de Pepe que solo una esposa puede conocer y guardar en su corazón con gratitud y cariño. Son verdaderamente palabras luminosas que describen el día a día, los sueños, algunos episodios relevantes del pasado, así como la brillantez intelectual y muchos rasgos humanos de una colosal figura al servicio de la iglesia y de la sociedad canaria. Entre otras joyas, se antoja muy sugestiva su afirmación de que Pepe no era suyo como esposa, ni pertenecía a nadie, era un hombre libre, era de todos, él se debía ante todo al pueblo y a la misión recibida de trabajar para la liberación y el pleno bienestar de todos. De ahí el deseo y compromiso de ambos de formar siempre una pareja abierta, capaz de dar cabida a quien lo necesitara. No menos preciosa es su afirmación de que Pepe era una persona volcada hacia el futuro, una persona que viajaba por la vida ligero de equipaje, pues tan solo le interesaba construir un mundo nuevo.

Especial relevancia tienen asimismo los testimonios recogidos en el último capítulo, son breves fragmentos de saludos cariñosos emitidos por personajes de distinta procedencia y afiliación con motivo del fallecimiento de Pepe, ya sea en ese momento o posteriormente. Se trata de textos en muchos casos impactantes, que reflejan la desbordante y extraordinaria carga humana de Pepe, los cuales nos permiten saborear al menos parcialmente la gigantesca envergadura del personaje que concita nuestra atención, y nos ponen sobre la pista de lo que significaba esa vida asociada que Pepe anhelaba y construía y que terminó congregando en torno a él una buena cantidad de militantes. Para muestra, un ejemplo: «En Pepe he visto vivir la bienaventuranza. He visto la mística de la proximidad: una persona próxima, cercana, atenta. He descubierto que el corazón humano, lleno del corazón de Dios, puede tener a cada persona dentro de sí. Pepe siempre me habló de las personas en singular. Incluso cuando hablaba de las personas en general, por su forma de hablar notaba que detrás había rostros concretos. Esa es la enseñanza que me llevo de él: guardar en el corazón y amar a cada persona como es, al estilo de Jesús. Él parte de la persona como es».

O bien, «Pepe Suárez fue la persona que más ha influido en mi trayectoria como militante cristiano. A principio de los años 70, muchos de nosotros y nosotras participamos en un cursillo de iniciación a la militancia promovido por la HOAC y ya nos enganamos a este proyecto, que ha hecho siempre de la formación y la acción el eje fundamental. De nada vale la acción si no tiene una formación previa, y nada vale la formación si no nos invita a la acción, a la transformación del mundo. Por eso, como militantes cristianos, después de esa iniciación, hemos ido tratando de llevar una vida de coherencia, en la medida de lo posible, entre el pensar, el decir y el hacer. Creo que la solidaridad es lo que encarna el mensaje central del Evangelio y, en ese sentido, Pepe Suárez lo supo encarnar con radicalidad».